

LIBERATION jueves 2 de febrero de 2006

Marie-Christine Vernay

DANZA :En París, dos obras de la coreógrafa tunecina quien combate, incansable, los clichés.

LEILA HADDAD, EL ORIENTE DE FRENTE

La Exposición Colonial de 1889 fue la primera en traer bailarinas orientales. El público se volcaba calle del Cairo en la sección egipciaca o en el café moro del pabellón de Argelia. Para definir los excesos de las bailarinas Occidente inventó una denominación de género que fue nefasta al negar la diversidad oriental : « danza del vientre ». Hoy, después de más de un siglo, la bella Fatma sigue siendo deseada figura caricatural, objeto de fantasmas y prejuicios que todavía existen. Bien lo sabe Leila Haddad quién, desde los años 80, sigue reivindicando con cada espectáculo montado con fondos privados su trabajo como parte del arte coreográfico. Pero la persiguen los clichés. Entre enfado y ironía estalla : « ¿ Sirvieron algún día frankfurts al acabar un espectáculo de Pina Bausch ? ¿ Por qué después de mis espectáculos algunos piensan proponer té de menta ? ¿ Por qué asombrarse si bailo en silencio, ya que cientos de coreógrafos lo hacen ? ¡ Hasta me preguntaron un día si me había molestado el fallo del sonido ! Siempre tengo que enfrentarme a una falta de comprensión muy grande. Muchas artistas bailaron mientras estaban en estado,, pero no se podría ni soñar en mi compañía, un bailarín tampoco. Siempre tengo que explicar, explicarme, justificarme. »

TURBIO

La moda de las clases de danza oriental para « volver a encontrar su feminidad » solo enturbia más las cosas. Sobre todo cuando dan clases profesoras de poca pedagogía. Leila Haddad no tiene más remedio que seguir actuando para aclarar malentendidos, suponiendo que profesionales y público acepten fijarse en su trabajo y dejen de solo fisgar debajo del velo de Salome.

Autodidacta, nacida en Djerba (Túnez) en 1965, baila como todas las niñas sin pensar hacer carrera. En Londres, dónde estudia se da cuenta que la danza es algo más que festiva. Al desarrollarse su conciencia política mira de otra forma la danza de Oriente. « Hacía parte de una compañía de teatro anti-apartheid. Así entendí mi africanidad y la riqueza de la danza de Oriente, que creció gracias al pueblo rom. Las raíces son africanas, indias. Las ghawazees, gitanas del Alto Egipto, hicieron de relevo antes de desterradas del Cairo en 1834. »

TRANCE

Tras sus viajes, entre otros a Burkina y Mali, encuentra parecidos entre su danza y los bailes de trance y terapia. Y es más que un parecido técnico. « No soporto la palabra *magrebí* , políticamente correcta, que nos aparta del resto del continente. Soy africana del Norte, y árabe, ya que los primeros colonos fueron los árabes. » Se enfrenta por militantismo con todos los prejuicios, siempre repitiendo que muchas mujeres entendieron la fuerza de las danzas orientales, entre ellas Isadora Duncan o Ruth Saint-Denis. Sigue con su trabajo de búsqueda en los países árabes para encontrar danzas raras antes que desaparezcan. Lo comprueba cada vez más : « Lo que molesta es el cuerpo de la mujer, y el lugar que ocupa.. Prueba de ello las veces que prohibieron la danza. » Sacando la danza de los hogares y de los cabarets, Leila Haddad intenta abrir un tercer camino, « real », según dice sonriendo. Los dos espectáculos que presenta en París son prueba de la diversidad del repertorio y del carácter contemporáneo de su trabajo. En un solo acompañada por siete músicos gitanos del Alto Egipto sigue las huellas de las Ghawazees. Y rinde homenaje a Oum Kalsoum con Zikrayat, coreografía para nueve bailarines.